

La Gioconda en bicicleta



GUILLERMO SAMPERIO

I

En sus relatos de infancia, el escritor alemán Walter Benjamin sugiere que la mejor manera de conocer las ciudades es perderse en ellas, desencontrarse de sí mismo y entrar en relación azarosa con plazas, calles, edificios y, claro está, con la gente. Varios de mis viajes los hice así, desentendido de mi ubicuidad en el tiempo y los mapas, extraviado muchas veces por las rutas del mundo. Fue la manera en que me re-encontré con la joven Giovanna—descreído de las coincidencias—en una madrugada barcelonesa, horas después de haberla conocido en un bar sórdido donde su belleza se afirmaba entre el humo y las luces azules de neón. Bailé con ella un par de piezas, repegados a otros danzantes sudorosos y, sin poder evitarlo, de pronto se la llevó un afgano presuntuoso, quien se arrogó el papel de guía de turistas del grupo de jóvenes italianos.

Hubo después un pleito entre latinos, un lesionado, el bar cerró, la guardia civil se llevó a un par de rijosos y yo, aturdido y medio ebrio, me fui a vagar por los callejones grises y sepías del Barrio Gótico. Sin saber a dónde llegaría, deteniéndome en los últimos baresitos abiertos a beber un licor, deambulé todavía unas dos horas cuando, en una curvita callejonesa alcancé a escuchar voces y un poco de música. Seguí la curva y a media cuadra descubrí a un grupo de bebedores junto a un automóvil que utilizaban de mesa, ya que sobre el toldo estaban los vasos y las botellas, además de una grabadora; ya más cerca, escuché varios idiomas, desde el catalán y el español hasta el italiano y una jerga extraña. A unos veinte metros de ellos, me detuve para medir las posibilidades de respuesta de mi condición borra-

cha; decidí regresar pues no quise meterme en un nuevo jaloneo. Entonces, de reojo, cuando giraba para irme, alcancé a ver que se desprendió del grupo una joven delgada que vino hacia mí y me abrazó por la espalda. Nos sonreímos en la simple complicidad, descubriendo que si nos lo hubiéramos propuesto, no nos habríamos vuelto a encontrar nunca. No quisimos dar ya explicación turística alguna y, de inmediato, nos alejamos por el camino de maravilla por el que yo había llegado a Giovanna. En no mucho tiempo empezaría a amanecer.

Al ir abrazados, me vino a la memoria una muchacha en bicicleta, vestida de *jeans* y blusa blanca, pasando serena junto al Duomo de Florencia, o Firenze en italiano, y tuve la idea de que era la Gioconda, o la Venus botticelliana, en su versión ciclista. En la cama del hotel California, a espaldas de Las Ramblas, cerca del Mediterráneo, donde se traficaba la vida y la alucinación, a una pregunta que le hice, Giovanna me respondió que sí tenía una bicicleta, Benotto, pero que vivía en Milano. En ese instante, se miraba al espejo, alta, de pie entre las sábanas revueltas y espumantes en sus piernas. Yo la observaba, recargado sobre la cabecera desgastada, mientras fumaba un cigarrillo liado con papel de arroz hindú. El cuerpo blanco y la cabellera rubia de la infanta emergían junto a la aurora que lanzaba sus primeros avisos a través del cortinaje deshilachado de las ventanas. En ese mismo momento, en quién sabía qué lugar de Barcelona, el afgano presumido debería estar despier-to, echando espumarajos de palabras en su jerga extraña o en un pútrido italiano.

Cuando la muchacha regresó a mi hombro y fumó de mi cigarro, supe que las coincidencias eran posibles si uno

se entrega a las ciudades sin un plan predeterminado, fuera y dentro del tiempo, distante de los mapas, como alguna vez lo había hecho Walter Benjamin en este mismo continente.

II

El papel de arroz para liar cigarros lo conseguí en un hotelucho que manejaban unos hindúes en dos pisos de un sótano en un barrio un tanto *hooligan* de Bristol. Se escuchaba cualquier palabra, onomatopeya o ruido, de pared a pared; el frío era medio soportable debido a unos calentadores eléctricos que sólo podías encender a partir de las seis de la tarde. Por lo menos, a las ocho de la mañana en punto, tocaba a la puerta un hombre delgado de hondas ojeras que te entregaba una bandeja con una taza de té y dos rebanas de pan con una embarrada de mantequilla y te recordaba que deberías apagar el calentador a las nueve y media de la mañana, lo que quería decir que desayunarías rápido, te bañarías rápido y te arroparías rápido, para salir al frío matutino a buscar un café expreso y una copita de brandy.

Esta rutina la hice con mayor premura el día en que decidí viajar a Swansea, en el País de Gales, a no más de media hora en tren. En Swansea hay un pequeño museo de los más antiguos instrumentos de navegación marítima, que yo deseaba conocer y fotografiar. Comería allí en un restaurante que me había recomendado un viejo marinero galés que trabajaba ahora en la albañilería en este lado del Reino Unido, Bristol, y con quien trabé amistad en la cafetería-bar de la calle Pear Tree.

Llegué a la estación del ferrocarril unos veinte minutos antes de la salida del tren, compré mi *ticket* y, como era razonable y hacía todo mundo, me quedé en la sala de espera, para evitar una prematura congelación en los andenes al aire libre. Como era sábado, la mayoría eran galeses que iban a tomar el tren hacia Swansea, ciudad de la que venían a trabajar al inicio de la semana. Me tomé otro café y otro brandy, esperando la movilización de la gente como señal de partida. A los quince minutos de retraso, el murmullo empezó a crecer, pues, según comentarios del *barman* —un hombre demasiado rubio de cabeza en forma de huevo—, la salida a Swansea nunca se retrasaba y tenía prestigio de exactitud; con voz consternada, una autoridad ferroviaria anunció que el tren venía demorado y pidió disculpas. Cuando se cumplió la primera hora, el escándalo ante la oficina del *manager* era como si el equipo de fútbol de Swansea hubiera perdido contra el de Bristol por la

diferencia mínima a causa de un caprichoso arbitraje británico.

Alentado por tres cafés y tres brandis más, me acerqué a la reyertera del vocerío. Parado en la puerta entreabierta, en cuyo vidrio superior decía *Manager of Station* con letras plateadas, el *manager* informó que no tenían noticia del tren de Swansea, el cual debería volver allí con todos nosotros. Deseó que no hubiera habido una catástrofe debida a la nieve, ni nada semejante; volvió a pedir disculpas, ahora con énfasis y muy británicas. Me alejé del bullicio hacia la barra del bar y pedí una nueva dotación de café y brandy, me lié un cigarro y, mientras esperaba, recordé un cuento del escritor galo-inglés Arthur Machen. Un matrimonio hace el plan de salir de viaje y siempre se les presenta algún motivo para no realizarlo, pasa el tiempo largo, llegan a ancianos y nunca salen de casa. De este relato, por orden cronológico, me vino a la memoria la célebre historia de Juan José Arreola, “El guardagujas”: en una solitaria y árida estación de trenes nunca pasa el ferrocarril que aguardaba un hombre. En ambas historias se condensaba la imposibilidad del viaje, como nos estaba sucediendo en la estación de Bristol.

Al fin, pasaron dos horas y el escándalo se transformó en caras largas de interrogación ante lo inexplicable, porque en cuarenta años no había habido un retraso siquiera de dos minutos. El *manager*, Mr. Smith Smith —según las letras plateadas—, ya no quiso dar la cara porque presumía, debidamente, que podría lastimársela alguno de los fortachones desesperados. Un oficinista menor, con visera, chaleco y corbata de moño, subido en una de las bancas, explicó, con voz tipluda y pretenciosa, que al fin habían llegado noticias en el sentido de que el ferrocarril no había tomado el camino ordinario y que, en vez de seguir la vía principal, el tren se adentró cada vez más por caminos secundarios entre las colinas galesas. Aparte de que la compañía ferroviaria *Great Western Trains* nos indemnizaría, achacaba el problema a una mala señalización en las vías principales, culpando, de manera implícita, a los ferrocarriles galeses. Luego de seguir caminos, con mucho transitados más que de manera ocasional, el tren se detuvo al final de una vía muerta, en plena campiña.

Las decenas de galeses que esperaban en Bristol cambiaron de ánimo y se pusieron a bromear y a hacer planes para el sábado por la noche para gastarse las libras esterlinas que recibirían en la oficina central de Bristol, como había indicado el joven de la corbata de moño. De forma confidencial, el hombre de cabeza en forma de huevo comentó que el problema lo había provocado un conductor novato, quien habría pedido disculpas muy británicas

a los fanáticos del fútbol que viajaban en el tren que venía de Swansea, con la descabellada justificación de que se habían perdido, según el cablegrama que circulaba entre los empleados menores de la estación, confirmado al día siguiente por *The News Bristol*. La Great Western Trains mandó, por carretera, a un conductor experimentado para rescatar el convoy. En la página tres del periódico, el pasajero Robert Davies, de treinta y ocho años, declaró, al llegar en la noche a Bristol, que no estaba demasiado molesto, pues la compañía le ofreció una compensación mayor a la que recibimos los que esperamos más de dos horas y que para Davies había sido la mejor excusa para dar un gran paseo a través de sitios preciosos que no había supuesto en su país y que si en el futuro volvía a extraviarse, lo haría con gusto.

Varios años después, supe que la ruta que llevó al fin del mundo al tren de Swansea —impulsado por el escándalo periodístico en el País de Gales— se convirtió en paseo turístico de importancia para los propios galeses que redescubrieron su campiña maravillosa a causa de que un anónimo e inexperto maquinista inglés se había perdido en la red ferroviaria del país vecino.

III

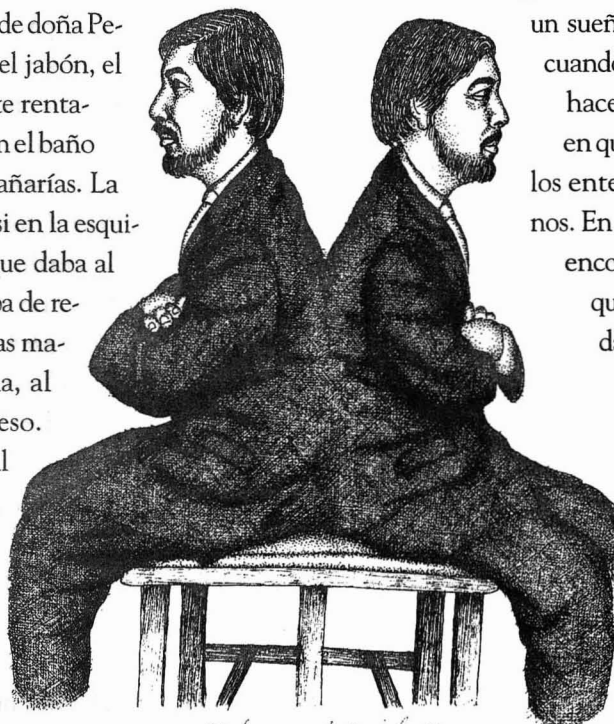
Para qué relatar que en la visita a Firenze, gracias a las gestiones de mi amigo el poeta Carlo Carlucci —como llamarse Gonzalo González en México—, pude instalarme en una torreta del siglo XVI convertida en pensión barata al mando de doña Petronna, quien te vendía el jabón, el agua potable y el café y te rentaba la toalla para secarte en el baño comunitario donde te bañarías. La torreta se encontraba casi en la esquina de una calle lateral que daba al Duomo, lo cual me llenaba de regocijo, pues lo veía por las mañanas desde mi ventana, al bajar a la calle y de regreso. Una de esas mañanas, al asomarme por la ventana, secándome aun el cabello con la toalla rentada por doña Petronna, vi aparecer armoniosa la bicicleta montada por la

Mona Lisa, joven perfecta de jeans y blusa blanca; vi mi reloj y eran las siete cuarenta y cuatro antes meridiano, dato que me hizo suponer que la pequeña Gioconda debía pasar, entre semana, de siete y media a diez para las ocho, con destino probable a su escuela o trabajo. De cinco veces que me volví a asomar, la vi tres, y era como si el cuadro pictórico volviera a pintarse en el aire y viniera hacia mí en exclusivo, teniendo el trasfondo del mármol verde y blanco del Duomo medio morisco. Cuando iba a tomarme mi café, pensaba que esos breves instantes en que la muchacha aparecía en la esquina y desaparecía en la otra justificaban ya mi estancia por Europa, pero debo confesar que yo estaba demasiado joven y que podía permitirme aquellos alarides de pensamiento.

Lamenté mucho abandonar la torreta, el cariño torrencial de Petronna, la amistad generosa de Carlucci —al que años más tarde le publicaría la UNAM un libro con traducción del poeta tapatío Guillermo Fernández—; en fin, dejar una de las ciudades a la que volví otras veces y espero regresar, me acongojó un buen tanto. De cualquier manera mi lamento no se sustentaba en realidad, ya que me dirigía a París, donde me robaron mi mochila, con destino a Barcelona, ciudades a las que también he vuelto. Estuve en Barcelona un par de meses, parte de los cuales los pasé junto a Giovanna en el mismo hotel sórdido donde pernoctábamos de todo, desde travestis, agentes de ventas, prostitutas, hasta marineros o escritores. Cuando hacía el amor con Giovanna era como si me introdujera en las pinturas de Fra Filippo

Lippi o Botticelli. Aquellos días transitaron como un sueño profundo y apacible. Meses después, cuando Giovanna vino a México e intentamos hacer vida marital, parte del sueño se disipó en quince días entre discusiones tontas y malos entendidos, hasta que decidimos separarnos. En una tarjeta postal que mandó, supe que encontró a un diplomático canadiense con el que todavía anda de embajada en embajada por el mundo.

De Barcelona volé a Portugal, donde el frío y el estrujamiento de la organización social disminuyeron todavía más. En Alemania era el exceso de todo: frío, mujeres rígidas y la gente no cruzaba un callejón sin tránsito si no se ponía verde el semáforo. Todos llevaban su proyecto de vida y profesional bajo el brazo. En cam-



bio, en Lisboa o en Oporto, te encuentras un mediterráneo desorganizado que es su forma de organización —como en México—, donde las cosas salen y se resuelven, entre chistes y drama, prueba y error. Inclusive, según bajas del norte europeo al sur la tonalidad del paisaje urbano se transforma del gris al sepia y de éste al blanco.

En Portugal, además de extraviarme, a lo Walter Benjamin, apliqué también alguna de las recomendaciones que hiciera Francis Bacon cuatro siglos atrás: visita las cortes de los príncipes, los tribunales y las ejecuciones públicas. Como las primeras se encontraban sin operar y vacías y las terceras ya no se practicaban, al llegar a Oporto, luego de una estancia importante en Lisboa, decidí asistir al Gran Tribunal de Justicia, indagué dónde había un juicio y fui a dar a la cuarta sala donde un juez de edad madura, antiparras y toga negra, juzgaba, al parecer, a un hombre que había asaltado, siete años atrás, un restaurante; purgó tres años de cárcel y varios de presentarse, a vistas, en el Tribunal semana a semana. La sala cuarta tenía una asistencia mediana entre los muebles viejos de madera y una luz penumbrosa que daba contra un jurado perezoso. El delincuente tenía un aspecto de hombre triste, como si se le hubiera muerto la familia el día anterior, vestía un traje pardo y una corbata gris brillante; de unos cuarenta años, se peinaba una perfecta raya en medio.

El primer testigo en subir a la tribuna y jurar decir nada más que la verdad fue el propietario del restaurante, un hombre grueso, de bigote desparpajado. Ante su declaración, la sala cuatro salió del adormecimiento, el jurado se desperezó, las voces de sorpresa y de contrariedad poblaron el sitio y hasta el juez mandó a un gendarme a encender las ocho bombillas, de las cuales sólo funcionaron tres sin que a nadie le importara y mucho menos a mí. El restaurantero empezó a decir que no conocía al acusado y ni recordaba que algún supuesto robo le hubiera causado perjuicios personales ni, por lo tanto, materiales. El siguiente testigo, uno de los supuestos menores —en ese momento ya con mayoría de edad—, respondió alto y claro que nunca en su vida había visto a tal persona.

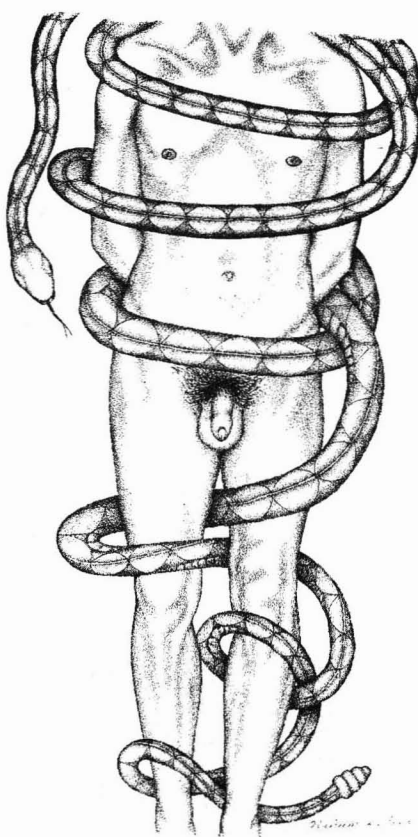
El juez se mostró disgustado, sugiriendo que el menor o mayor —el magistrado se confundía— había tomado el camino del primer testigo para alejar cualquier sospecha en su contra. El fiscal estalló ante lo que consideró una maquinación surrealista. ¡Todo esto!, dijo dirigiéndose al jurado, ¡es una desvergüenza sideral y si estamos aquí, no es porque el ministerio fiscal haya inventado este proceso que hoy está cumpliendo casi siete años de acarreo procedimentales! Por la gestualidad del fiscal, entre aturrida y sonrojada, podías suponer que el hombre deseaba impedir, a toda costa, el ridículo. El abogado defensor, un hombre joven de corbata floreada y con rictus irónico, denegó las dos ocasiones hacer preguntas a los testigos. Se reacomodó en su silla y garraspeó cuando el

fiscal pidió la presencia en el estrado del vigilante nocturno que había sorprendido al acusado en las instalaciones del restaurante, en contubernio con los menores o mayores, el vigilante —siete años más viejo— que había entregado al sujeto a la policía aquella noche lejana. Vestía su uniforme de vigilante: filipina y pantalón azules desgastados y sin insignias.

¡Yo no conozco a este hombre, ni apresé a nadie, ni sé qué estoy haciendo aquí!, atestiguó el vigilante ante la sorpresa del juez, el fiscal y el jurado —para entonces por completo despierto—. Disgustado, el juez le llamó la atención al gendarme que sólo había encendido tres bombillas y dijo que en toda su carrera no había experimentado un juicio tan estúpido

en el que el proceso hubiera desembocado en nada. Dirigiéndose al acusado, al cual no le pidió ponerse en el pie, indicó: ¡Váyase usted a su casa tranquilamente y lo antes posible! Para incrementar el absurdo, los asistentes al juicio aplaudimos, contagiando a los miembros del jurado, quienes ante la mirada severa del juez tras las antiparras, dejaron las manos en suspenso como si un encantamiento los hubiera congelado.

Al día siguiente, compré el diario *Jornal de Noticias* que traía el reportaje en primera plana. El periodista comentaba que el caso, calificado de grotesco e irrisorio, desprestigiaba de forma contundente al fiscal, quien ese año preparaba su



candidatura a la alcaldía de Oporto. Después del juicio, al ir por las callecitas de aquella ciudad de gente hermética, le di las gracias en silencio a Francis Bacon y me fui a festejar mi asistencia al espectáculo judicial. Fui a dar a un restaurancito, en el que una mujer de voz desamparada cantaba fados muy tristes y la concurrencia gemía, mientras las botellas de vino verde circulaban de copa en copa y mesa tras mesa, pasando por la mía. Yo también lloré, pues las canciones me hicieron recordar mi viaje y las sorpresas que me había dado en el camino azaroso.

IV

Al llegar a mi cuarto de hotel, subiendo por un elevador de puertas de rejillas que manipulaba un viejo que llevaba un ajado clavel de plástico, antes de dormirme, rememoré la manifestación de inválidos en Roma. Habría unos tres mil ante las puertas del moderno edificio del Ministerio del Tesoro, exigiendo, a gritos impresionantes y en discusiones laterales con los mirones, el incremento de sus pensiones. Las pancartas que exhibían varios de ellos denunciaban el asunto: ¡Más de 100 000 pensionados se mueren de hambre!; ¡¿Para qué fuimos a la guerra?!; ¡La región de Umbría apoya a sus guerreros discapacitados!; o, ¡¿Quién nos engañó para que tomáramos un arma homicida?! Entre la bruma de la tarde, a punto de llover, había centenares de sillas de ruedas, otro tanto de muletas y aparatos ortopédicos, además de mancos, tuertos y rostros desfigurados.

Un anciano de muletas sebosas se acercó a mí y, al enterarse de que yo era mexicano, me pidió que difundiera la noticia en mi país y se lamentó de haber participado en guerras inútiles para que los funcionarios de corbata y traje a la última moda —hizo una acotación en el sentido de que las modas de Italia eran copiadas en toda Europa y eran las mismas de Tokio y Nueva York—, vivieran en el lujo a costa del dolor ajeno. En ese momento tronó un altavoz, al parecer desde las puertas centrales del edificio. Comenzó diciendo que el ministerio había creado un programa de control de las pensiones de guerra, que preveía la verificación de ciento cincuenta mil pensiones suplementarias de ese día a marzo del año siguiente.

En una pausa que hizo la voz, la gritería cobró fuerza y resonó contra los cristales de la gran edificación. La voz pidió atención y compostura, la vocinglería se fue apagando poco a poco, sin que faltara un grito en distintos puntos de las sillas de ruedas y muletas. Pero el altavoz fue dominan-

do el espacio sonoro y la voz del funcionario agarró un tono imperativo y de disgusto: ¡Pero he decirles que en los primeros resultados, tras cerrarse la primera etapa de controles, fueron descubiertas ya seis mil pensiones de invalidez fraudulentas de un total de cuarenta y un mil pensionados!

La gritería se trocó en murmullo y en cuchicheos generalizados que, incluso, rozaron mis oídos. Ante la pálida respuesta de los discapacitados, el altavoz continuó todavía con más severidad: ¡La mayoría de los falsos inválidos, en esta etapa preliminar, fueron registrados en el sur de nuestra Italia, en especial en las regiones de Campania, en Umbría, pero también en la región central; lo que, estadísticamente hablando, es presumible que la estimación arroje una cantidad mayor a veinte mil inválidos hampones, a quienes no sólo se les ha de suspender la pensión, sino que serán también requeridos a los tribunales pertinentes. Las pensiones que será inminente cancelar se destinarán, de manera proporcional, al incremento de los verdaderos inválidos que han enaltecido y honrada a la patria italiana. Gracias, señores!

Antes de que concluyera la voz oficial, ya algunas pancartas habían sido escondidas, la manifestación se iba desgajando, los mirones volvían a su familiar prisa y, una vez que sonaron las dos últimas palabras, las sillas de ruedas se fueron alejando en grupitos, los hombres de muletas se iban pegados a las paredes, los mancos se despedían con manos transparentes, los de rostros desfigurados volvían a ponerse sus máscaras de vendas y gasas, hasta que la vía central se fue quedando vacía y en silencio a pesar de que por las aceras transitaban las personas habituales en aquella zona moderna de Roma.

Recostado ante la oscuridad de mi cuarto, mirando aquella tarde romana distante, llegó hasta mi ventana el eco afligido de un fado que algún otrantés silbaba por el callejón a media luz. La congoja se fue recostando contra mi cuerpo como si en la noche de la habitación modesta se gestara otra sombra que de pronto me cubriera. Sin embargo, tras la pálida claridad que se detenía en los vidrios que daban a la calle, volví a sentirme en el hotel California del Barrio Gótico, sin el cuerpo tierno e inmemorial de Giovanna y, con ello, vinieron a mi última penumbra el juicio sin culpables de este Oporto, el papel de arroz hindú y la helada en Bristol, el tren extraviado en el País de Gales, y pude recrear el instante brevísimo y perdurable en el que la joven florentina pasaba armoniosa en su bicicleta frente al Duomo morisco y yo me secaba el cabello con la toalla de la inolvidable Petronna. ♦